

La formación de la personalidad violenta

Nora Habed*

Resumen.- Las experiencias de relación y de comunicación que se estructuran durante la infancia y la adolescencia, son las que construyen en el individuo el concepto de sí mismo y del "otro", perdurando en el tiempo. Si en ellas los sentimientos de rabia, ira, cólera y rechazo, prevalecen sobre los sentimientos de amor, ternura y acogida, el niño o la niña interioriza estos fuertes sentimientos negativos y se convertirán, por tanto, en personas que potencialmente tenderán a desarrollar su agresividad hacia un mundo que no los supo amar ni entender.

Introducción

¿Quién es la persona violenta? Sociológicamente se considera la violencia como una conducta aprendida cuya matriz cultural es una respuesta sustitutiva a una falta de diálogo social y/o familiar que genera frustraciones.

Desde el punto de vista de la psicología cognitivista y del comportamiento, se habla de comportamiento agresivo hostil hacia alguien para causarle daño. Se le considera como una respuesta a un estímulo adverso: un insulto, un comportamiento arbitrario o una frustración. Este tipo de comportamiento puede ser influenciado en gran parte por el aprendizaje, ya que puede ser modificado, reforzado o debilitado por las nuevas experiencias adquiridas, y es además muy sensible a los estímulos ambientales.

Según el psicoanálisis, la agresividad es una tendencia o complejo de tendencias que pasan a través de conductas reales o fantasiosas, con el objetivo de dañar a otro, de demolerlo, de obligarlo, de humillarlo, etc. La agresión puede también asumir modalidades distintas a la acción motriz violenta y destructora. En la teoría psicoanalítica de Freud, todas las manifestaciones de agresividad

tienen un carácter de autoagresión, considerándolas como misteriosas tendencias masoquistas del Yo que forman parte del instinto de muerte. Algunos autores psicoanalistas (Dollard y otros, 1939) proponen el modelo frustración-agresividad, mientras que otros (Berkowitz, 1962; Feshbach, 1964) consideran los factores sociales como antecedentes del comportamiento agresivo.

Cuando hablamos de violencia, no nos referimos solamente a la física, sino también a la psicológica, que es aún más sutil y escondida y que, a veces, causa aún más daño que la misma agresión física. Por eso, cuando hablamos de violencia, es necesario considerar el sujeto y su ambiente, el individuo y las circunstancias, el mundo objetivo de los eventos y el mundo subjetivo de las percepciones e interpretaciones.

Es también necesario distinguir la persona violenta de la persona rebelde, en el sentido de que esta última no proviene necesariamente de una historia personal violenta o de carencias afectivas. Es más, algunas veces, su rebelión es debida a una sensibilidad particular frente a una situación que la siente injusta no sólo consigo misma, sino también con los demás. El comportamiento rebelde puede también formar parte de una etapa

* Investigadora asociada en Psicología Clínica -UCA.

transitoria del adolescente que se encuentra en búsqueda de su identidad y autonomía. La rebelión no necesariamente implica violencia. Por eso, cuando nos refiramos a la persona violenta, se tomarán en cuenta estas premisas.

Está ampliamente demostrado que la violencia genera violencia. La teoría del aprendizaje social de Bandura (1973), confirma que no se disminuye el nivel de violencia de la sociedad incitando a las personas a ser agresivas, aunque sea sólo en la imaginación (juegos, televisión, mass-media). El aumento de violencia (o de estímulos violentos) facilita o refuerza este comportamiento. Por eso habría que partir de la hipótesis que la persona que perpetra violencia, probablemente provenga de un entorno social violento o de una historia personal violenta. Pero no se puede generalizar que quien haya tenido una historia personal violenta, tendrá un comportamiento similar en el futuro.

Esta implicación se da a partir de un enfoque evolutivo, sobre todo desde el punto de vista de la relación y de los primeros procesos de socialización del individuo, porque la violencia de hecho, no sólo obstaculiza todo proceso de maduración, sino que desbarata esa confianza de base, indispensable en todo ser humano para construir el sentido de identidad necesario para su sobrevivencia. Cuando a un niño o una niña le han irrespetado su integridad, no sólo física, sino también psicológica, le faltan las bases para crecer en un clima de seguridad, estabilidad y afecto.

Me parece importante abordar dos factores que se juntan en la persona considerada violenta y que se entrelazan entre sí: 1) La intensidad de emociones destructivas difíciles de controlar, donde se prefiere además, el uso de la acción en lugar de las palabras; 2) La interio-

rización de un concepto del yo inadecuado, o falso, con relación a las propias posibilidades y expectativas, como consecuencia de experiencias negativas.

El analfabetismo afectivo de la violencia

Desde el punto de vista evolutivo, a partir del momento en que nacemos, empezamos a aprender cómo descifrar el mundo y nuestro alrededor. Esto es fundamental para nuestra supervivencia y adaptación al medio ambiente. Si contamos con un entorno familiar y social acogedor y protector, aprendemos a descifrar el mundo de manera clara y a distinguir los sentimientos positivos de los negativos, tanto en nosotros mismos como en los demás. Si en cambio este entorno familiar y social es deficiente o ambiguo, el mundo nos parece amenazador o confuso y no sabemos diferenciar estos sentimientos.

Se podría hipotetizar que generalmente la persona violenta, procede de un ambiente de analfabetismo afectivo porque no sabe descifrar y reconocer la calidad y el valor de los sentimientos, ya que el lenguaje de la comunicación, corpóreo y verbal, fue percibido a través de gestos de agresión o de rechazo, o con palabras que por su tono, se acercaban más al lenguaje mímico violento que infunde miedo y temor, a falta de palabras afectuosas. Por ello la persona violenta aún cuando posea un buen léxico gramatical, es balbuciente en sus sentimientos, no porque no los sienta, sino porque no los sabe diferenciar, codificar y expresar en todos sus matices.

Esta falta de palabras se puede transformar en gestos mudos e impasibles en familias donde no existe la comunicación afectiva, o se transforman en gestos violentos y exasperados carac-

terísticos de las familias donde el malestar de las relaciones es crónico y la comunicación familiar pasa a través de los gritos y la violencia. Según Galimberti (1998), esto ocurre cuando la palabra no es un vehículo de sentimientos, ya sea porque el niño o la niña crecen en un clima de respetable no-comunicación, o en un clima de constantes gritos y gestos al límite de lo humano. En ambos casos, es un "niño o niña maltratada", porque no le es permitido construir esa sensibilidad necesaria a la cual poderse referir en cada futura etapa de su vida. Cuando los sentimientos de los padres son incapaces de traducirse en palabras, los hijos se transforman en los instrumentos lingüísticos por donde pasa el mensaje de violencia. Es el uso de la palabra la que diferencia al ser humano del ser instintivo.

Maltratar a un hijo o cometer un crimen contra él, podría entenderse entonces como el gesto que hace un padre que se siente despreciado por su mujer, para afirmar a través de alguien más débil, su carácter. Crear una alianza con un hijo, puede significar para una madre, generar un futuro provocador encargado de hacer saber por vías indirectas, todo lo que una esposa no logra decir al marido.

Y así, usados en el lugar de las palabras, los hijos sufren en carne propia, la incapacidad de los padres de comunicarse directamente las partes conflictivas de la propia existencia. En los casos más dramáticos, la ausencia de palabras se transforma en gestos violentos por donde pasa la comunicación del sentirse rechazados.

Es a partir de estas primeras experiencias de relación y de comunicación, que los sentimientos de rabia, ira, cólera, rechazo, rencor y venganza prevalecen sobre los sentimientos de amor, ternura y acogida. El niño o la niña que interio-

riza sobre todo estos fuertes sentimientos negativos, son personas que potencialmente tenderán a desarrollar su agresividad hacia un mundo que no los supo amar ni entender, desarrollando además, lo que algunos psicoanalistas definen el "falso yo", que puede extenderse a un Yo grandioso y omnipotente, capaz de destruir.

Según el psicoanalista Kohut (1978), la agresividad humana es más peligrosa cuando está unida a dos grandes constelaciones psicológicas absolutizantes: el Yo grandioso y el objeto arcaico omnipotente. Para el autor, la más horrible destructividad humana no se encuentra tanto bajo la forma de un comportamiento salvaje, regresivo y primitivo, sino bajo la forma de actividades ordenadas y organizadas en las cuales la destructividad de los ejecutores está amalgamada con la convicción absoluta sobre la propia grandiosidad y con la devoción a figuras arcaicas omnipotentes.

El concepto del yo a través de las experiencias de relación

A lo largo de este siglo, se ha discutido ampliamente sobre el rol de las experiencias infantiles como causantes de los disturbios psíquicos. Según Bowlby (1988), autor de la teoría del apego, existe una fuerte relación entre las experiencias de un individuo con sus propios padres (o figuras significativas de referencia) y su sucesiva capacidad de construir vínculos afectivos, y que determinadas variaciones comunes de tal capacidad, se manifiestan en problemas conyugales y dificultades con los hijos. Así también, pueden surgir síntomas neuróticos y desórdenes de la personalidad según el tipo y calidad del modo en que los padres se relacionan con los hijos.

El tipo de relación establecida por los padres (o figuras significativas) con los hijos, hace que ellos puedan variar desde un "apego seguro" a un "apego inseguro". El principal parámetro de la calidad de la relación, es cuando el niño siente su principal figura de referencia como una "base segura".

Según la teoría del apego de Bowlby, el ser humano tiene una tendencia innata, común a todos los animales sociales, que lleva al individuo en condiciones de vulnerabilidad, a buscar la cercanía protectora de otro individuo específico percibido como más fuerte, más experto y capaz de dar ayuda. En el ser humano, esta tendencia natural, lo lleva a estructurar sólidos vínculos afectivos con determinadas personas, que si llegan a fallar o a faltar (incoherencia en la relación, ausencia, inconstancia, abandono, separaciones prolongadas), crea consecuencias en el desarrollo emocional y afectivo de las relaciones, presentes y futuras. Aunque es particularmente evidente en la primera infancia, el comportamiento del apego caracteriza al ser humano desde la cuna hasta la tumba, pero son generalmente las primeras experiencias de relación, las que construyen en el individuo el concepto de sí mismo y es el que perdura en el tiempo.

De hecho, el niño en la fase de desarrollo construye una cierta cantidad de modelos de sí mismo y de los otros, basados en las repetidas experiencias de relación. Estos modelos de "sí mismo y de los otros", denominados por Bowlby como "modelos operativos internos", son esquemas que se van configurando como modelos representativos relativamente fijos que el niño usa para predecir el mundo y ponerse en relación con él.

Un niño con un "apego seguro", almacenará un modelo operativo interno de la

otra persona que se ocupa de él, como alguien sensible, amoroso, confiable y por consiguiente, interiorizará al mundo externo como protector. Por lo tanto, esto lo ayudará a formarse un concepto positivo de sí mismo, capaz de ayudarse y de recibir ayuda, apenas surjan las dificultades. Además, desarrollará la capacidad de entender los propios sentimientos y de entender los sentimientos de los otros. Gracias a esta capacidad de los padres, de reconocer la necesidad de apego del niño y de reconocer que uno de los motivos más comunes de la cólera infantil está representado por la frustración del deseo de cuidado y cariño, podrá establecerse una relación sana y segura con los hijos

En otros casos, los niños crecen con padres que no ofrecen tales condiciones y en esta situación, el niño refleja una angustia por la inseguridad en su relación con ellos, donde no siempre los siente disponibles. Este apego inestable, se refleja con comportamientos ansiosos, inseguros, hiper-dependientes, inmaduros, y que en condiciones de estrés, tienden a desarrollar síntomas neuróticos, depresiones o fobias, así como también puede producir un distanciamiento de toda relación afectiva significativa, por un miedo inconsciente de sentirse rechazado.

Este "apego inseguro", lleva al niño a interiorizar el mundo externo como peligroso, en el cual las otras personas deberán ser tratadas con gran precaución. Por consiguiente, el concepto de sí mismo que se formará, será negativo.

Según Bowlby, cuando un individuo usa consigo mismo o con los otros las mismas posturas y formas de comportarse que un padre/madre/figura significativa, usó con él, decimos que se está identificando con ese padre o esa madre.

Entre los muchos esquemas de desarrollo de la personalidad en familias disfuncionales en términos de desarrollo patológico del comportamiento de apego, uno de los más conocidos, es el del individuo emotivamente distanciado, incapaz de mantener una unión afectiva estable con alguien. Personalidades de este tipo, pueden ser etiquetadas como psicopáticas o histéricas. Ellas son a menudo, delincuentes o suicidas. Su historia típica, es la de una prolongada privación de cuidados maternos durante los primerísimos años de vida, asociada generalmente a un sucesivo rechazo y/o amenazas de rechazo por parte de los padres.

¿Cómo es posible que después de tanto tiempo, los individuos sigan presentando las características de la infancia? Bowlby postula que cualquier modelo representativo de la figura de apego o de sí mismo que un individuo estructura durante la infancia y la adolescencia, tiende a persistir de manera relativamente inmutable hasta la edad adulta. Por consiguiente, él tenderá a asimilar cada nueva persona con la cual construye un vínculo, sea un cónyuge, un hijo, un dador de trabajo, etc., basándose en el modelo preexistente de sí mismo y del "otro", que se ha formado. Por esto repetirá este mismo modelo, no obstante le sean ofrecidas pruebas diferentes que le demuestren lo contrario. Estas percepciones y expectativas prejuiciadas, originan convicciones infundadas sobre los otros, así como falsas expectativas con relación a la manera en que éstos se comportarán, originando por esto, reacciones inadecuadas y hasta violentas.

Las experiencias infantiles siguen persistiendo a través de modelos representativos inconscientes de estas primeras figuras de apego y de la construcción del Yo, al menos que sea posible encontrar

por un período relativamente importante, figuras emocionalmente estables y significativas que puedan ayudar a interiorizar un modelo positivo de sí mismo y del "otro", o que se tenga la oportunidad de tomar conciencia, generalmente a través de una ayuda psicológica, de la propia historia personal.

Otro punto importante en la construcción de la identidad personal, es el concepto que cada uno se forma sobre la propia imagen corpórea. Para Galimberti (1997), los procesos de imitación, de identificación, de proyección, de los cuales nos habla el psicoanálisis, así como los cánones colectivos de belleza y fealdad con sus consecuencias psicológicas en el ámbito individual, serían incomprensibles si no se consideraran las interrelaciones que existen entre las diversas imágenes que cada uno tiene de sí mismo. Si es cierto que no se puede constituir un yo sin un tú, así también no podemos construir nuestra imagen corpórea sin la mirada del otro. Este cruce de miradas y de imágenes, es determinado por los factores de cercanía o de lejanía espacial y emocional. Basándose en la importancia que le damos a las experiencias de relación, lugar privilegiado donde se cruzan las miradas, nuestra identidad se va configurando. Ya sean miradas de indiferencia, de disgusto o de rechazo, así como de acogida, de respeto y ternura, esta imagen corpórea que nos es reflejada a través del otro significativo, nos quedará como plataforma de nuestras futuras relaciones sociales y nos acompañarán por el resto de nuestra vida. De hecho Platón decía que "si con la mejor parte de tu ojo, miras la mejor parte del ojo del otro, te ves a ti mismo".

Es significativo que en la mayor parte de los crímenes atroces, violencias extremas, el cuerpo de la víctima es importante para el asesino. No le basta el

dejarlo sin vida, sino que pareciera que cumpliera gestos casi rituales para mutilar y castigar el cuerpo del otro, como si a través de su destrucción, destruyera, tal vez por un mecanismo de proyección, parte de esas partes corpóreas que en un pasado le reflejaron angustia y sufrimiento al sentirse rechazado y no amado.

En el caso de la persona violenta, es útil recordar que tendemos a hacer a los otros, lo que nos ha sido hecho a nosotros. El adulto que agrede, es el niño agredido que se ha hecho grande y que no elaboró y superó sus experiencias negativas de relación.

Entender la violencia bajo esta perspectiva psicológica, implica hacer un llamado a la comunidad civil para analizar

con mayor profundidad las causas del aumento de la violencia, tanto en el ámbito internacional como nacional, que se refleja cada vez más en la violencia intra-familiar, denotando que es en este primer núcleo social, donde algo ha fallado y sigue fallando.

Sería también importante preguntarse por qué a nivel social se ha pasado de una fase de rebelión colectiva, a una fase de violencia individual.

Es también necesario interpelar a la comunidad civil para crear en la infancia y adolescencia, un entorno social protector y acogedor que prevenga futuras violencias, así como tomar conciencia de la importancia de nuestras experiencias de relación, personales y sociales.

Bibliografía

- BOWLBY, J. (1988). *Una base segura*. Roma, Raffaello Cortina Editore.
- GALIMBERTI, U. (1997). "Losguardo del padre". *Donna*, suplemento La Repubblica 25/11/97, p. 234. Roma.
- GALIMBERTI, U. (1998). "L'infanzia violata", *La Repubblica* 22/11/98. Roma.
- HARRÉ, LAMB y MECACCI (1998). *Psicologia. Dizionario enciclopedico*. Roma, Economica Laterza.
- KOHUT, H. (1978). "Pensieri sul narcisismo e sulla rabbia narcisistica". *Bollati Boringhieri, Rabbia e vendicatività*, Torino.
- LAPLANCHE y PONTALIS (1995). *Enciclopedia della psicoanalisi*. Roma, Economica Laterza.